

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran-
ero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 2 DE ABRIL DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA CAJA DE AHORROS

Por fin se ha establecido y ya funciona.

Se abrió ayer y como si se hubiese estado esperando el momento de la deseada apertura, comenzaron las imposiciones. Habría gente esperando que hubiera quien le guardase las economías y se dio prisa a entregarlas al guardador.

A poco que se piense, se comprende enseguida tal premura. Por mucho amor que se tenga al ahorro, si la cantidad economizada se encuentra al alcance de la mano, corre peligro de que sea mermada por la satisfacción de un deseo ó de un capricho, que no gravaría al ahorro si éste no estuviera en el arca y el dueño no tuviese la llave en el bolsillo.

Hay gentes que ahorrarían, pero no es posible. ¿Quién ahorra en el mes unas cuantas pesetas y las guarda sacrificando gustos aunque sean superfluos? Pocas son las personas que tienen tal virtud; la generalidad no la tiene para ir acumulando hoy una peseta y otra la semana que viene, resultando de aquí que llega una enfermedad y hay que empeñarse al tener que afrontar los gastos que ocasiona.

Para esas personas es principalmente la Caja de Ahorros. La peseta que en ella se impone, se sustrae al momentáneo capricho de gastarla; y á menos que una necesidad apremiante obligue á pedir su reintegro, depositada queda, esperando nuevas imposiciones.

Pero no queda improductiva. Mientras otras cuatro mil novecientas noventa y nueve no vayan á hacerle compañía, es decir mientras la acumulación de imposiciones sucesivas no llegue á cinco mil pesetas, la cantidad devenga el 3 por 100 de interés; y al final de cada semestre, ó sea en 30 de Junio y 31 de Diciembre, se acumula al capital impuesto para ayudarle á producir.

Las Cajas de Ahorros son el paño de lágrimas de la gente de escasos recursos; ellas le brindan con un rinconcillo seguro donde ir depositando la ahorrada moneda que puede servirle mañana para cualquiera de esos casos de la vida, en que no teniendo recursos á mano, hay que llamar á las puertas de la usura para entregaries las alhajas, los muebles, las ropas, cuando no el honor.

Nunca con más razón que ahora puede decirse que el Banco de Cartagena ha venido á llenar un gran vacío dando forma á la idea de la Caja de Ahorros.

Hacia mucha falta, mucha. Porque hacia falta hemos escrito largamente de su bondad y de lo necesaria que era su institución; pero como en tantas otras cosas, de más y menos interés, nuestra voz no ha encontrado prosélitos, tal vez porque las gentes se han asustado ante la magnitud de la empresa ó porque faltas de iniciativa esperaban una voz que dijera: «Levántate y anda.»

Ya está instalada y funcionando la Caja de Ahorros; ya tiene impo-
nentes y ellos irán multiplicándose hasta convertir en cientos de miles de pesetas la modesta suma que entró en ella ayer.

TIJERETAZOS

El feminismo no reconoce vallas. En lucha siempre por recabar derechos y aumentar su influencia, ni se da por vencido ni retrocede en la demanda.

Ahora le ha puesto los puntos al mismo D. Tanerodo, á ese á quien el vulgo apellida el rey del valor.

Y se los pone precisamente cuando el hombre-estatua ha estado á punto de que le den algunos de sutura por haber sido objeto de las familiaridades de una res astada.

Una D.ª Taneroda, émula del hombre sin miedo que se deja oler por los mirras como si tal cosa, ha pedido permiso para hacer la faena de aquél en la plaza de toros de Te-
tuán.

Y la hubiese hecho.

Solo que el gobernador de Madrid se ha puesto en su terreno y le ha dicho al tiempo de negarle el permiso:

Ta day esperpento.

Dice *El Nacional*, órgano ó lo que sea de Romero Robledo:

«Casi todos los entusiasmos por la política son sospechosos.»

Por eso me río yo de ciertos arrebatos y de ciertas líneas más ó menos ténuas, que sirven para hacer discursos y embaucar á los tontos.

Dice un periódico que á la mayoría de los candidatos que piden un acta, se les pondría en grave apuro si se les preguntara para qué la quieren.

Ni grave ni leve.

La quieren para decir sí ó no, según la consigna.

Y para darse tono en los distritos.

¡Si eso ha sido siempre y continúa siendo!

Dicen de Londres:

«Los periódicos de esta capital publican una nota oficiosa en la que se afirma que China no ha firmado la ratificación del convenio con Rusia relativo á la Mandchuria.»

No lo hace, se quedará con ella.

Vivir para ver.

¡Ah! y los que miren esa anexión con malos ojos harán lo de siempre:
Do tripas corazón.

¡Si corre una jindama.....!

CAPUCHINERAS

Si Dios te lleva á la gloria,
y se sabe por aquí,
muchos malos se harán buenos,
por estar cerca de tí.

A los ángeles del cielo
dijo llorando otro ángel:
¡Qué triste se está en la gloria
sin el calor de una madre!

El monago que asistió
á tu bautizo, serrana,
te volcó todo el salero.
¡Así tienes tanta gracia!

El pan que sabe mejor,
es aquel pan que se amasa

con el sudor del trabajo
y con el llanto del alma.

Los dos nos hicimos reos
ante el mismo tribunal,
mi delito fue querer
y tu delito olvidar.

El sereno de tu calle
pasa durmiendo la noche,
porque sabe que vigilo
debajo de tus balcones.

Narciso Díaz de Escovar.

Célebres caprichos de Goya



No se ha logrado conseguir conocer el epigrama que encierra este dibujo tan genial como todos los del artista. ¿Es alguna alegoría? de ser así sería demasiado atrevido, por las coronas de las visiones que encarnan en último término.

UN NOMBRAMIENTO

El telégrafo nos trajo ayer la noticia de haber sido promovido por antigüedad á Magistrado de la Audiencia de Murcia el distinguido y celoso Juez de Instrucción y primera instancia de esta ciudad, D. Mariano Luján.

Durante el tiempo que ha estado al frente de este Juzgado, ha merecido el señor Luján los plácemes de la opinión y se ha captado las generales simpatías, pues todos han reconocido plenamente que sus actos se

han basado siempre en la más estricta justicia.

Cartagena siente su marcha, y recordará siempre con gusto al honrado funcionario y cumplido caballero, que tan perfectamente ha sabido cumplir con los deberes de su cargo.

El ECO DE CARTAGENA, que se honra con la amistad del Sr. Luján, le envía su más cumplida enhorabuena, deseándole todo género de felicidades en el nuevo cargo de Magistrado de la Audiencia de esta provincia.

Comercio exterior

Dicen de Cete:

«Durante el próximo pasado febrero, España ha enviado á Francia por las diferentes aduanas de la República 119.282 hectólitros de vinos ordinarios y 5.414 de licor que suman en conjunto 124.696 hectólitros. De éstos han ido al consumo francés 88.444 hectólitros, que unidos á los 141.857 del pasado mes suman 230.301 hectólitros valorados en 8.565.000 francos. En igual mes de 1900 nuestra importación fué de 360.598 hectólitros, lo que hace una diferencia á favor de febrero de 1900 de 235.902 hectólitros. Italia durante el citado mes de este año ha importado 3.024 hectólitros contra 17.545 que envió en igual mes de 1900.

En resumen, desde el 1.º de enero al 28 febrero de este año la importación de nuestros vinos á Francia ha sido de 311.588 hectólitros contra 667.192 que importamos en igual tiempo de 1900, por lo que resulta á favor de los dos primeros meses del año anterior una diferencia de 355.604 hectólitros.

El consumo de nuestras frutas, ha sido en el mencionado febrero de 1901 de kilogramos 6915800 que unidos á los 6219400 llegados el pasado enero suman 13.135.200 kilogramos valorados en 2.228.000 francos. En el mismo mes de 1900 el consumo fué de 9.652.800 kilogramos, con lo cual resulta una diferencia á favor de febrero del 1900 de 2.737.000 kilogramos.

Durante el mes de febrero último han llegado de nuestra nación 1.268.700 kilogramos de aceite de oliva, habiendo pasado al consumo 74.800 kilogramos que unidos á los 78.500 del mes de enero, suman 148 mil 300 kilogramos, cuyo valor se estimó en 114.000 francos. En igual tiempo ó sea del 1.º de enero al 28 febrero de 1900

—Nada más fácil... es abogado y puedo encontrarlas aquí... Exacto... Calle Taibout, 14.

Desde allí había corrido M. de Villacourt á casa de Enrique Mauperin.

po en un periódico que el ladrón me enviaba diciendo que me iba á robar, es preciso tener quinientos ó seiscientos francos para que el pijo me devuelva mi nombre.... Quinientos ó seiscientos francos...—añadió dejando caer los brazos—nos los tengo.

—Lamento mil veces, caballero... pero la formalidad es indispensable... Seguramente no le costará trabajo el encontrarlos entre los descendientes de las familias que estuvieran unidas á la de usted... En semejantes cuestiones hay verdadera solidaridad.

—Caballero, no conozco á nadie y el conde de Villacourt no pedirá nada. Al llegar á París tenía trescientos francos; he comprado por cuarenta y cinco este gabán en el Palais Royal... el sombrero me ha costado siete... En la posada habré de pagar veinte francos... y pongo unos veinticinco para volver... Si con lo que queda pudiera V...

—Lo siento infinito.

M. de Villacourt se puso el sombrero y salió. En la puerta de la antebámara se detuvo, volvió á entrar por el comedor, y abriendo la puerta del gabinete:—«Señor—dijo con voz serda y que trataba de contener...—¿podría obtener... gratis, las señas de M. Enrique Mauperin, llamado de Villacourt?

concesión ó un cultivo, pero no era idóneo para tales trabajos. Además le probaba mal el clima, y los ardores del sol dañaban á su robusta salud de hombre de los bosques.

Al cabo de dos años regresaba á Francia, y al entrar en su choza de la Mota Negra, encontraba lo único que había dejado allí durante su ausencia: un periódico, un número de «El Monitor», de más de un año de fecha. Lo cogió para encender la pipa, lo desdobló, y viendo un sitio señalado con lápiz rojo, leyó en él:

«M. Mauperin (Alfredo Enrique), más conocido por el nombre de Villacourt, ha solicitado de la Cancillería autorización para añadir á su nombre el de Villacourt, y llamarse en adelante Mauperin de Villacourt.»

Se levantó, dió unos pasos soplando y luego se volvió á sentar y encendió con lentitud la pipa.

Tres días después estaba en París.

La primera impresión que la lectura del periódico le produjo, fué la de un latigazo en el rostro. Después se había dicho que, aunque le robaran su nombre, esto no suponía nada por pertenecer á un miserable. Pero semejante filosofía duró poco: la idea del robo de su nombre le acudió de nuevo y más mortificadora, más amarga y más irritante. Después de